

Constelaciones en Flor, de Guardia

Macario Matus

Ana María Guardia, exhibe sus Jardines Cósmicos, técnicas mixtas, una colección de obras recientes, del 25 de noviembre al 25 de diciembre de este año, en el espacio del University Club, en Paseo de los Tamarindos 400, Bosques de las Lomas. Esta gran dama de los brillantes pinceles y colorido primigenio de la naturaleza, estará feliz y gozosa en el Jardín de las Delicias, (no tanto por el tema surrealista) de Hieronymus Bosch, el Jardín de Venus, de Félix María de Samaniego, en las Fábulas de La Fontaine y, en Las Flores del Mal, de Charles Baudelaire, Henri Rousseau, los Impresionista con los nenúfares de Claude Monet en homenaje a Van Gogh con los Girasoles y los cipreses, Robert Mapplethorpe y las mexicanas, Olga Dondé, Frida Kahlo, María Izquierdo y Olga Costa, entre muchos otros enamorados de la flora vernácula y universal, mirada, admirada, contemplada y puesta en la tela o en papel.

Ana María como se recomienda a todo dibujante, es capaz de plasmar el movimiento de un hombre cayendo desde un séptimo piso, captura el vuelo intermitente en que un insecto liba la miel del polen en una flor desconocida y, descifrar lo negro del amarillo de las alas de la mariposa Monarca en su viaje de Canadá, Estados Unidos y Michoacán. Sus delicadas manos y dedos no muy largos como un pincel, atrapa, asimila, concreta la luz, la madre del color, en aparente abstraccionismo que no es más que la simulación del paisaje con los ojos semicerrados, a base de trazos, libres brochazos, gestuales, sólo controlados por la emoción y la razón equilibradora dentro del verdadero arte.

Con la retina aguzada de tanta observación igualmente ha registrado el cosmos infinito, el mundo íntimo de una célula en gestación o el nacimiento de una Supernova más allá de las galaxias planetarias que un día quiso aprehender Ray Bradbury, Isaac Asimov, Turgeón, Carl Sagan y Hopkins, por ejemplo. Esas luces y sombras coloreadas al antojo de la pintora, provenientes de los pulsares, estrellas, nimbus y cirrus cósmicos, se reflejan en la obra que transita entre lo real imaginario y lo real real, hecho sueños, fantasía, pasión y amor a la naturaleza invisible, propio de los fractales y de universos finitos, infinitos, increados aún en la imaginación humana. Acaso glaciares genésicos, de nuevo cromatismo augural, austral, astral, del arco iris inconcebible si no se es artista. Otra vez, el arte se adelanta a lo no descubierto por el ojo ciclópeo de la criatura terrena.

Ana María Guardia sabe que existen flores en el abismo y abisales marinos, en el cielo y en su propia jungla y paisaje personal y en un delirio de colores y composición arbitraria de la mente dúctil lanza sus ímpetus espirituales, conscientes e inconscientes, según se admire y de quién mire. Es la observación, la introspección, proyección de un alma alígera, libre en sus expresiones corporales, anímicas, de ensoñaciones primigenias, como en las primeras edades de la creación humana, el paraíso que se perdió en los vericuetos de las matemáticas lógicas e ilógicas, mas siempre capturables por una imaginación, febril pródiga y propositiva.

Se trata de un lenguaje casi inédito dentro del panorama del arte mexicano. Está allí en espera de su pronta elevación y justiprecio estético.

Macario Matus pertenece a la Asociación Internacional de Críticos de Arte, Francia-UNESCO.